

PURÉPECHAS: ENTRE LA ETNIA Y LAS CLASES SOCIALES

Luis Vázquez León, *Ser indio otra vez. La purepechización de los tarascos serranos*. (Col. Regiones) México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, 454 pp., figs., cds.,

Una manera de provocar la lectura de un libro es despertar la curiosidad por él, lo cual puede lograrse utilizando, entre otros recursos, el de exponer algunas de las cuestiones que pueden encontrarse en éste. Lo mejor es exponerlas sin adelantar respuestas, pues se trata de que los propios interesados las busquen por sí mismos en la obra anunciada. Vale pues el truco, aquí utilizado para encender el deseo del lector por conocer las ideas contenidas en *Ser indio otra vez*. En efecto, si se gusta de la polémica, se le encontrará en esta obra que busca pleito de principio a fin. Y como el que busca encuentra, quizás lo tenga, sino públicamente, pues el debate antropológico mexicano ahora prefiere más el corrillo que el foro abierto quien con quienes lo lean, pues se toparán a cada vuelta de capítulo con razones de sobra para hacer corajes por las tajantes posiciones del autor.

Inevitablemente, la aparición de este libro recuerda la de *Los mazatecos ante la nación, contradicciones de la identidad étnica en el México actual*, aparecido cuatro años antes.¹ En el de ahora, se extraña la riqueza de

1. Eckart Boege, *Los mazatecos ante la nación, contradicciones de la identidad étnica en el México actual*, México. Siglo XXI Editores, Col. Antropología, 1988.

información etnográfica de su antecedente, pero las diferencias entre ambos son muchas y más importantes que esto, y sería prolijo enunciarlas. Como otros del mismo corte, ambos tienen en común: replantearse de nueva cuenta la cuestión étnica, hacerlo desde la perspectiva regional, explicitar sus implicaciones políticas y, sobre todo, actualizar su análisis a partir de la investigación de campo (en vez de hacerlo de manera teórica o en la mera lucha ideológica). Por lo visto, a pesar de la notable diversificación en la temática de la antropología mexicana, la realidad pluriétnica del país la obligará a mantener, como uno de sus intereses principales, los estudios sobre los pueblos de origen americano.

Véanse pues algunas de las materias para reñir con el autor de este grueso pero interesante tabique intelectual. Simplificando, *Ser indio otra vez* supone que, desde la década de 1970, las comunidades agrarias de la Sierra Tarasca se han “purepechizado”, debido a un proceso adaptativo de su manera de actuar y pensar, mediante el cual han logrado mejores perspectivas económicas y políticas identificándose como purépechas que, digamos, si las hubieran buscado haciéndose representar por organizaciones clasistas. Ello ha ocurrido en su ideología y, sobre todo, en su organización sociopolítica y su actividad económica. Como en otras regiones, con ello se han complementado los intereses económicos de las comunidades agrarias y los de la industria capitalista. Incluso, la existencia de las comunidades agrarias, cuya purepechización las ha consolidado, es la base de más de un proyecto de desarrollo capitalista en la región y el país. Las evidencias de todo esto abundan en los resultados del estudio realizado ex profeso, contenidos a lo largo de las páginas del libro.

Ahora bien, a manera de ejemplos, dos aspectos del tema pueden servir para llamar la atención del lector sobre este estudio: la caracterización cultural regional y el cotejo entre la lucha ideológica clasista y la étnica. Uno, es de mayor interés académico; el otro, es más candente pues toca fibras políticas; considérese entonces lo primero, para quemar después la mayor parte de la pólvora.

Desde un punto de vista imparcial, ¿son purépechas los pueblos de la Sierra Tarasca independientemente de los procesos de “despurepechización” y “repurepechización” que han experimentado. Para pensar en la respuesta, puede hacerse una analogía. Parte de la elite criolla mexicana mostró un

afrancesamiento evidente a principios de siglo; ahora, renovada, muestra un agringamiento; pero eso no la hizo francesa entonces ni gringa ahora. Puede decirse que esas son identidades extrañas; pero ¿qué tan propia es la purepechización de la Sierra Tarasca que ha sido más multiétnica de lo que se supone? Al organizarse como purépecha, ¿la hace tal a todo lo ancho y largo de su territorio? Vamos, ¿tiene fundamento el indianismo de sus intelectuales y políticos?, ¿la realidad es como éstos la presentan?, ¿qué conclusiones nuevas o diferentes podrían obtenerse si se integrara el conocimiento sobre el pasado de Michoacán a una discusión que ha querido ser más política que histórica?, ¿podría sobrevivir el purepechismo a una confrontación con la antropología histórica? Estas son algunas de las preguntas que el lector puede hacerle al autor.

Vázquez León afronta los peros que, de antemano, supone se le van a poner, incluso, aunque prefiere por inclinación personal enfocarse a los aspectos económicos y sociales de su tema, también el cultural; para él, la cultura tarasca es un elemento variable de la organización social que decide si la preserva o cambia como elemento distintivo.

Pasando a lo delicado del tema, puede sospecharse que la bandera étnica, tal como la ha sido enarbolada, desplaza deliberadamente la lucha entre las clases sociales regionales y entre éstas y las naciones. La extirpación total en el discurso político gubernamental, empresarial y eclesiástico, del concepto “clase social” y, ¡Dios nos ampare!, de la idea de que las clases sociales luchan entre sí, se ha llevado a cabo con tal ferocidad que, maliciosa que es la gente, da que pensar. Purépechas son los presidentes municipales, los comisarios comunales, los comerciantes, los maestros, los campesinos, los artesanos, los resineros, los jornaleros y hasta los sacerdotes; y aunque los poblados donde éstos viven presentan a simple vista una estratificación social evidente, apelar a la identidad regional por excelencia, la purépecha, une a todos en las relaciones con autoridades políticas del más alto nivel, a quienes reciben vistiendo los trajes regionales que ya ni los abuelitos portan en la vida diaria. Sin embargo, el fenómeno purepechizador es real. Ocurre en la mente, la conducta y la forma de organizar a la gente y de emprender ciertas actividades económicas.

Pero si el antropólogo tiene la obligación de comprender antes que de juzgar, también tiene derecho a mirar de manera diferente; por ejemplo,

indagando la conformación clasista de la Sierra Tarasca y sometiendo a prueba la hipótesis de que está ocurriendo una postergación de las reivindicaciones clasistas de los más jodidos. Es decir, puede preguntarse si el uso de las identidades étnica y cultural para sancionar la política y los negocios, esconde los conflictos y los meollos económicos de la estratificación social. Y más aún, puesto que la estrategia étnica, tanto de comunidades agrarias como de agencias gubernamentales y empresas capitalistas, ha dado frutos específicos y producido cambios concretos; el antropólogo ya es capaz de hacer una comparación entre la estrategia clasista del cardenismo michoacano, por ejemplo, y la del criollato neoconservador. Con la primera, aplicada en las décadas de 1920 y 1930, fue organizando y reivindicando el campesinado serrano entonces; mientras con la segunda, desarrollada en los últimos once años, ahora se le desconocen sus reivindicaciones sociales y se le asigna la posición social étnica, la única que se le acepta en sus relaciones políticas y económicas. La confrontación entre ambas experiencias sería una interesante indagación científica y una provechosa ojeada política a dos alternativas históricas.

El autor va más lejos todavía, con menos tremendismo del que puede parecer, cuando reflexiona sobre la posibilidad de una baicanización étnica en México y pregunta si podría llegar a ocurrir alguna vez que los purépechas busquen separarse con su región. En este punto, aunque él piense que ello sea sólo tema de ficción antropológica y vea conjurado el separatismo del pasado que, además, fue débil en Michoacán, la discusión se torna grave, más que por lo que ahora ocurre en Europa, por las peripecias decimonónicas de México cuando el regionalismo radical --que ahora despunta en Chiapas-- fue problema real en la arena nacional. Comprendiendo este pasado propio y estableciendo las posibilidades de un futuro fragmentado ojalá irrealizable, puede prevenirse una manipulación étnica que, ya mezclada con otros ingredientes peligrosos, como el religioso, puede salirse de control.

Así planteadas las cosas, el autor obliga al lector a tomar posición. Toda nación se ha integrado con la alianza de pueblos diversos. Muchos antropólogos ven ese hecho como algo positivo, pues la uniformidad racial, étnica y cultural es un propósito aberrante que han combatido de diferentes maneras. La diversidad étnica y cultural, es en sí misma un patrimonio de cualquier sociedad nacional, pues le facilita su desarrollo al dotarlo de varias maneras de actuar y pensar. Igual como en la diversidad genética de los

vegetales, la diversidad humana permite afrontar mejor el pasado, el presente y el futuro. Una nación purépecha es algo que no existió ni en la época del reino tarasco, en cuyo seno convivieron varios pueblos que hablaban lenguas diferentes. Sólo con un racismo a ultranza podría imaginarse un proyecto así.

México es fruto de las luchas clasistas de un pueblo de composición diversa. Igualmente, la integración o la desintegración de los países europeos, por ejemplo, tuvo, tiene y tendrá detrás grandes intereses clasistas. En efecto, tal ha ocurrido en México cuando Yucatán y Sonora quisieron ser independizados del país, Texas lo logró y Chiapas fue anexado. Por ello, cabe preguntarse sobre los sectores sociales que serían beneficiados con la fundación de una nación purépecha, los grupos de políticos locales que la encabezarían, las características que tendría una sociedad nacional estructurada sobre un núcleo excluyente de pobladores identificados como purépechas, el destino que se asignaría a la población no purépecha y la suerte que correrían a largo plazo los minifundistas de infrasubsistencia y los jornaleros sin tierra, herederos a pesar de todo de una reforma agraria gestada por la movilización del conjunto de los campesinados regionales del país mexicano.

En fin, interrogantes como éstas sólo expresan los motivos de estas líneas; la solapa e índice ayudarían más a conocer el contenido de *Ser indio otra vez* a un visitante de librería. Es más, ni siquiera son necesariamente los problemas centrales que trata el libro; pero sí son dudas de lector y son, también, una forma de provocación. Una provocación a los lectores, al autor y, ojalá, a los investigadores e involucrados, para seguir analizando el entramado étnico en la historia y la sociedad mexicana en general y michoacana en particular.

Ser indio otra vez no siempre ofrece vías para trazar líneas tangenciales como las aquí esbozadas, pero el lector puede estar seguro de que el autor afronta los problemas: los atiende en un tono controversial y, de esta manera, aporta juicios con los cuales formar opiniones. Eso sí, saldrá peleado irremediabilmente con él, pues es difícil eludir a éste empedernido polemista.

Carlos García Mora.